

LAS GAFAS DE STANISLAV

Stanislav dejó a su abuelo de ciento cuatro años en Rusia. Cuando llegó a Madrid tenía un diccionario de alemán y unas gafas que perdió en El Pardo el día que se incorporó al instituto y que coincidió con una excursión en bicicleta.

En clase, Stanislav estaba casi ciego sin sus gafas, por eso se ponía cerca de la pizarra. La profesora se enteró de que le habían comprado otras gafas pero como nunca se las veía puestas empezó a preguntarle donde estaban. Así descubrió que a Stanislav no le gustaban sus gafas nuevas.

El muchacho iba asimilando la nueva lengua, sin gafas y en medio de las bromas de sus compañeros. Stanislav empezó a leer sin gafas y entonces, un día, le conté aquel chiste que Carmen, una alumna de Sariñena, nos contó en clase justo el día antes de las vacaciones de navidad. El chiste se refería a un señor no veía bien y fue a la óptica para comprarse unas gafas para leer. A la semana siguiente volvió a la misma óptica a comprarse otras gafas para leer. Y lo mismo hizo la semana siguiente, y la otra, y la otra.

Por fin, el óptico le dijo: - Oiga, si usted ya se compró usted unas gafas para leer la semana pasada ¿por qué vuelve a por otras?

Y, muy serio, el buen hombre respondió: - Pues por eso mismo: porque ya me las he leído.

Stanislav se rió con el chiste. Para entonces ya había aprendido bastante español y sus compañeros no lo llamaron Stanislav sino "Están-las-gafas".

AGUSTINA GARCIA